

PREMIO MANUEL ALVAR DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS 2022

José Javier León

BOLERO
El vicio de quererte

Obra galardonada con el Premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2022,
convocado por la Fundación Cajasol y la Fundación José Manuel Lara

Formaron el jurado, reunido el 5 de abril de 2022:
Bernardo Bueno, Antonio Cáceres, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia,
Alberto González Troyano, Joaquín Pérez Azaústre y Nativel Preciado

Fundación | Cajasol

© José Javier León, 2022
© Fundación José Manuel Lara, 2022
Avda. Reino Unido, 11, 1º. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Diseño y maquetación: Manuel Rosal

Imagen de cubierta: *Adán y Eva* (1531) de Hans Baldung Grien (Museo Nacional Thyssen-
Bornemisza, Madrid)
Imágenes de interiores: Archivo del autor

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 1277-2022
ISBN: 978-84-19132-01-7

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Preludio. Ya no estás más a mi lado, corazón 13

BOLERO. EL VICIO DE QUERERTE

La única, magnífica ilusión	19
<i>Kiss me. Kiss me as if it were the last time</i>	25
Acércate más... y más y más.	31
Como un abanicar de pavos reales	44
Porque eres mi vida, mi cielo y mi Dios.	50
El divino penar de adorarte	58
Házmelo otra vez.	66
La gloria eres tú	75
Voy a mojar me los labios con agua bendita.	81
Que mi alma riegue flores en tu altar	86
Yo no sé si este amor es pecado, si tiene castigo.	99
Hallarás mil aventuras sin amor.	106
Vende caro tu amor, aventurera	110
Sigamos pecando	114
Dos mujeres a la vez	122
Siempre novios, solo novios	125
Sacrílego soy	130
Yo sé que en los mil besos	137

El vicio de quererte me domina	147
Por qué no han de saber	155
En tu mundo raro	165
Ese amor que negarás	176
Oye mi último bolero	182
Bibliografía	187
Agradecimientos	189
Índice onomástico	193

*Para Quique Cagigal,
con un bolero y rosas en botón*

JULIA: ¿Quién te dijo esta invención?

LEONARDA: Amor, que tiene a los pies
a cuantos han estudiado.

LOPE DE VEGA

Haya o no haya dioses, de ellos somos siervos.

FERNANDO PESSOA

Es sabido que el mito engendra la repetición
y que la repetición la costumbre, y que la cos-
tumbre el rito y que el rito el dogma; y que el
dogma, finalmente, la herejía.

JUAN JOSÉ SAER

¿Qué sabes tú lo que es tener la fe perdida?
¿Qué sabes tú, si tú no sabes nada de la vida?

MYRTA SILVA

PRELUDIO

YA NO ESTÁS MÁS A MI LADO, CORAZÓN

La carretera es muy mala. Tierra apisonada y piedras, prácticamente un carril. Comunica la aldea con el municipio al que pertenece y es obligatorio tomarla para desplazarse a cualquier lugar de la comarca o llegar a la capital. Por entonces es la única vía para automóviles: muere en la misma aldea, desde la que solo parten ya caminos rurales y veredas, que suben o bajan por las quebradas faldas de la sierra.

Delante se sientan los padres, detrás los dos hijos. Alguna vez también va la abuela. El coche rebota con una arritmia que hace a los niños reír; eso hasta que las muchas curvas empiezan a marear a la hermana pequeña y revoltosa.

Aún vive Franco. El hijo pregunta por cosas como las calzadas romanas, el nombre del cortijo que domina un otero o si los españoles somos comunistas o capitalistas, mientras aguarda un momento que conoce bien, el instante en el que el padre comienza a cantar: «Ya no estás más a mi lado, corazón...». Y entonces, justo entonces, comienza a marcar en el salpicadero el ritmo con los nudillos, sonora, inimitablemente (o será que el niño nunca ha podido reproducir aquel magisterio métrico) y los demás lo acompañan, al unísono: «En el alma solo tengo soledad...». Al hijo mayor, esa es una de las canciones que más le gustan. Y al llegar el estribillo, le parece tan hermoso el giro melódico: «Es la historia de un amor como no hay otro igual, / que me hizo comprender todo el bien, todo el mal». Está convencido de que los versos y sus músicas hablan de ellos cuatro,

la pareja de padres y la de hijos, o tres años después, cinco, gracias a un acuerdo suscrito entre las matemáticas familiares, el viaje y las canciones. Vienen luego *Pequeña flor*, *Corazón (La Foule)*, *Perfidia*, *Bésame mucho*, *Ay, mi sombrero*, *Campanera*. En ese orden, raras veces alterado. Un orden domésticamente armónico.

La feria del pueblo marca el final del verano. Unas fiestas y un patrón, San Jerónimo, que el abuelo alcalde pedáneo se había sacado de su imaginativa manga para los tres últimos días de septiembre. En la verbena, el grupo musical trae hombres de pelo largo y mujeres tan explosivas como sus eses finales, metálicas, desafiantes. Cuando la tanda para el baile suelto termina llega otra más breve, de pasodobles y boleros; ese será el momento en que los padres se levanten, el hijo también lo sabe y lo espera, y los mira, imantado, sentado, formal, los tobillos cruzados, y le parecen tan elegantes y hermosos. Hay gente que se aparta, como en la escena del vals de la joven Angelica y el príncipe de Salina en *El Gatopardo*, pero sin damascos ni espejos, ni dorados candelabros de palacio siciliano, sin violines ni nobles cargados de cruces borbónicas y esmeraldas; son más bien una orquesta pachanguera, un sonido brutalmente amplificado y campesinos de mejillas enrojecidas por el sol y ropa de colores vivos que, como Angelica, se ríen sin remilgos, contentos de poder dejar de labrar la tierra unos días seguidos. Tampoco la pista es de mármol ni está pulida: su superficie es la del patio de las escuelas, puro cemento apisonado, un tosco rectángulo que sigue la pauta de todo en el poblado, la cuadrícula insípida, marca de los artífices del Instituto de Colonización. Pero suenan *Francisco Alegre* y *El reloj* y todo lo que es basto y desgarbado se suspende, y la nostalgia que sobrevuela la música no alcanza a lastimar.

Para el mayor, el preludio de la felicidad era un bolero que arrancaba en lamento. Lo ha seguido siendo. Luego vendrían

la añoranza del campo, la conquista lenta y a la postre gozosa de la ciudad, la experiencia del deseo, el sexo y el amor, la separación de los padres, los duros enconos familiares, temibles como la orfandad, la vida en el extranjero, la muerte espantosa del hermano, el culto de los endeble a la mentira. Todo el bien, todo el mal.

Hubo, sin embargo, otro tiempo, uno anterior, en que el prelude de la dicha era la queja de un bolero. Una edad en la cual el mayor no presentía la honestidad tajante de sus versos sencillos. Ya no estás más a mi lado, corazón. En el alma solo tengo soledad.

Granada, 19 de marzo de 2022